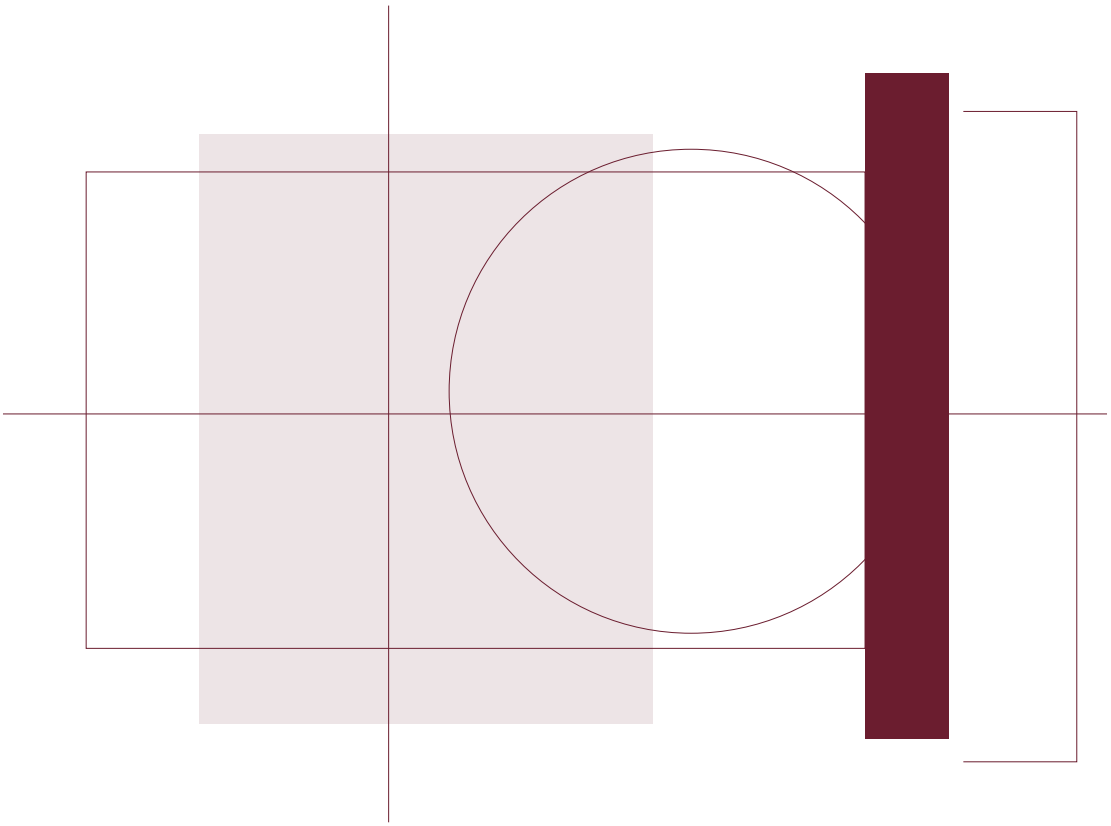
Edmundo Gómez Mango

La primera vez

Con una respuesta de J.-B. Pontalis



Annuel de l'APF · 2014/1 · pp. 93–102

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.

La primera vez

Con una respuesta de J.-B. Pontalis

Edmundo Gómez Mango

Annuel de l'APF · 2014/1 · pp. 93–102

Era un día del segundo semestre de 1971. Visitaba regularmente El Palacio del libro, una de las librerías más prestigiosas y antiguas de Montevideo, situada en el barrio viejo de mi ciudad natal. Todavía se recibían libros y revistas procedentes de Francia, pero muchos menos que durante la década anterior. Me gustaba buscar en los estantes dedicados a la literatura francesa y no era raro hacer verdaderos hallazgos.

Fue durante una de esas visitas cuando encontré, por primera vez, dos volúmenes de la *Nouvelle revue de psychanalyse*, el número 1 y el número 2. No conocía la existencia de esa publicación y el título, la contracubierta y el sumario del primer número despertaron enseguida mi curiosidad. Por entonces era jefe de clínica psiquiátrica de la Facultad de Medicina y enseñaba en el Instituto de Profesores de Montevideo lo que se llamaba «Literatura general III», que correspondía, a grandes rasgos, a la literatura europea de los siglos XVIII y XIX.

De J.-B. Pontalis conocía el *Vocabulaire de la psychanalyse*, cuya primera edición es de 1967; el «Laplanche y Pontalis», como se lo llamaba habitualmente, ya se había convertido para los psicoanalistas y los psiquiatras en una obra de referencia, y algunos años antes había adquirido, en la misma librería, *Après Freud*, publicado en 1968 en la colección «Idées/Gallimard». En esa época estaba en análisis, y mi interés por Freud había sido contemporáneo de aquel que me impulsaba hacia la medicina con la idea muy precisa, ya desde los años del bachillerato, de convertirme en psiquiatra sin abandonar los estudios literarios, con la ilusión de comprender algo, siguiendo esas dos vías, de la locura en general y de la mía propia, por supuesto. Imaginen el efecto que produjeron en mí, apasionado como era por el psicoanálisis y la literatura, los títulos y los autores de los artículos de ese primer número, *Incidences de la psychanalyse*. Les recuerdo algunos: el artículo inicial, firmado por J.-B. Pontalis, «La question de la psychanalyse»; el de Jean Starobinski, «L'interprète et son cercle», seguido de una discusión de Guy Rosolato, «Le précurseur, son épreuve et son cycle»; Dominique Fernandez, «Introduction à la psychobiographie», y la discusión de Victor Smirnoff, «L'œuvre lue»; Claude Lefort, «L'interprétation de l'œuvre de pensée», y Daniel Widlöcher, «L'œuvre de Freud n'est-elle qu'une œuvre de pensée?»; Jean-Claude Lavie, «La psychanalyse est machiavélique». Interrumpo aquí la enumeración, que se volvería demasiado larga.

La contracubierta me había cautivado de verdad. La imaginaba escrita por la pluma del director de la revista porque había producido en mí ese efecto tan particular que más tarde intenté describir con la expresión «el claro de las

palabras», y que me parece característico de ciertos fragmentos de la prosa de J.-B. Pontalis. Un «claro de las palabras» es un puñado de palabras escritas del que emana una luz sobria, que deja presentir el bosque de significaciones que lo rodea y del que se desprende. El claro es como un punto de llegada, un espacio donde el pensamiento se recoge en su propia claridad, captando lo esencial de lo que quiere expresar, después de haber hecho el esfuerzo de atravesar la *selva selvaggia*, para decirlo con Dante, el bosque salvaje de una multiplicidad de ideas y conceptos entrelazados. Pero el claro de las palabras constituye también un punto de partida que se abre a destinos numerosos y desconocidos, un lugar de incitación a viajes que ignoran adónde van. Esa contracubierta —en realidad, una apertura— enunciaba perfectamente la novedad de la revista justamente llamada «nueva». Daba cuenta de mi asombro entusiasta. En su primer párrafo se leía: «Todos sienten que el psicoanálisis no es una disciplina entre otras, que tendría sus "especialistas", poseedores del saber sobre el inconsciente, y estaría segura de las fronteras de su campo de aplicación; pero tampoco es verdad que debamos reconocerle el privilegio exorbitante de estar en todas partes y en ninguna». Se escuchaba luego una suerte de declaración de principios: «Mucho antes de que se hablara de interdisciplinariedad, el psicoanálisis, en el tiempo de su descubrimiento como en cada uno de sus momentos fecundos, solo ha vivido del intercambio: entre la experiencia clínica y la investigación teórica, entre el encuentro con fenómenos desconcertantes y los modos de interpretación que estos provocan, entre el autoanálisis y la relación analítica. Tal fue, en todo caso, la inspiración de Freud con la que hay que volver a enlazarse para mantener vivo el psicoanálisis».

Volví rápidamente a casa con los dos volúmenes bajo el brazo, ávido de sumergirme en su lectura. Y esta me colmó. Recuerdo haber llamado por teléfono en los días siguientes a amigos analistas que ya estaban en formación para compartir con ellos mi descubrimiento. Propuse presentar el primer número en una reunión que se celebraba los sábados por la mañana en la clínica psiquiátrica universitaria. Estaba acostumbrado a leer las revistas de psiquiatría y de psicoanálisis que circulaban por entonces en Montevideo, la de la Asociación de Psicoanalistas del Uruguay, la de la Sociedad de Psiquiatría y revistas análogas de Buenos Aires. El kleinismo había dominado los años de formación del psicoanálisis del Río de la Plata, que era uno de los movimientos analíticos más importantes de América Latina. Los analistas más prestigiosos habían pasado por Londres. En los años sesenta comenzaban a hacerse oír nuevas tendencias, sobre todo procedentes de Francia.

Solo puedo reconstruir de este modo aquello que tanto me había conmovido en esa primera lectura. Me había sorprendido la composición del comité de redacción: reunía a analistas franceses, Didier Anzieu, Guy Rosolato, Victor Smirnoff, pertenecientes a la APF; André Green, de la Sociedad Psicoanalítica de París; Masud Khan, psicoanalista londinense; Jean Pouillon, proveniente de la filosofía y la etnología; Jean Starobinski, notable historiador de las ideas y

crítico literario. Ese comité llevaba así la marca de una pluralidad: por una parte, los psicoanalistas provenían de instituciones, escuelas de pensamiento y países diferentes; por otra, se negaban a encerrarse en el campo cerrado de un círculo de iguales e invitaban a investigadores de las ciencias humanas a participar en el debate y en el trabajo de elaboración de cada número. La *Nouvelle revue* no pertenecía a una institución psicoanalítica en particular. Se declaraba libre y abierta al campo del saber.

El artículo inaugural de J.-B. Pontalis y la decisión editorial de presentar ese primer número, *Incidences de la psychanalyse*, constituido en torno a un ciclo de conferencias organizado por la Asociación Psicoanalítica de Francia durante la primavera de 1969, se acercaban a lo «nuevo», ese ideal de la vida del espíritu que busca evolucionar sin cesar, animarse por sí misma en el cuestionamiento tanto de su contenido como de su forma. El número fundador acogía los discursos de investigadores de distintas disciplinas, que habían elegido libremente el objeto de sus intervenciones, y estos eran discutidos por psicoanalistas. Ese gesto de acogida del extranjero en el seno de un grupo de psicoanalistas era, creo, verdaderamente inédito, al menos por la importancia otorgada al encuentro con invitados venidos de otras partes. Esos investigadores habían recibido sin duda la influencia de la obra freudiana, por entonces en plena expansión, sobre todo en Francia. Presentaban a psicoanalistas el objeto de sus investigaciones con la esperanza —era el deseo expresado por J.-B. Pontalis— de que pudiera tener lugar un verdadero intercambio. Lo cual implicaba, me parece, lo siguiente: ninguno de los participantes se consideraba el dueño de un saber que quisiera exportar hacia las disciplinas de sus vecinos; cada participante intentaba compartir con los demás el trabajo de su investigación, su finalidad y su método. Ese encuentro entre investigadores anunciaba, creo, un rasgo característico de la vida misma de la NRP: para ir a lo más íntimo del psicoanálisis, del inconsciente, era bueno salir de lo familiar, hacer «la prueba del extranjero». Solo en la confrontación con el extranjero, el que habita en el otro pero también en nosotros mismos, con la extrañeza del sueño, del descubrimiento y de la experiencia de la transferencia, podemos acercarnos a la «inquietante extrañeza» del psicoanálisis.

El psicoanálisis como potencia interrogante, pero también como disciplina que necesita y desea ser interrogada: así quiere confrontarse con los otros discursos científicos. La incidencia del psicoanálisis, señala J.-B. Pontalis, «no se mide por una conmoción cualquiera del saber que este provocaría, sino, ante todo, por una variación de la posición del sujeto respecto de ese saber —aunque solo fuera porque deja de identificarse con él— y, por eso mismo, por una modificación de la economía de su deseo (de filósofo, de etnólogo, de escritor, de psicoanalista…)». Pontalis enuncia así uno de los principios esenciales, y sin embargo tan difícil de sostener en la práctica clínica y teórica del psicoanálisis: estar habitado por una disposición a captar lo nuevo, lo singular de cada objeto, lo que a menudo adopta la forma de un sobrecogimiento o un asombro. Esa

aptitud del psicoanalista para recibir la «incidencia» del objeto hace de él un sujeto que busca, que está en movimiento, que preserva esa posibilidad de ser alcanzado por la luz, la onda, la vibración que proviene del otro y de su propio inconsciente. El sujeto debe desplazarse permanentemente, estar en movimiento constante, en su escucha y en su pensamiento, para permitir que aquello que proviene del inconsciente encuentre los mejores ángulos de receptividad y productividad. Es, creo, en la cura, el papel de la atención libre y flotante, que permite captar el *Einfall*, la idea o el afecto que se produce como un «incidente» inesperado, como una idea o una palabra que viene a caer sin aviso previo en la actividad de la lengua. Esto no puede ocurrir cuando el analista está identificado con su posición de analista, señala J.-B. Pontalis, porque esa identificación rigidiza la situación, fija los papeles e impide el desarrollo de un verdadero proceso analítico.

Al final de ese artículo, J.-B. evoca a Freud ante el *Moisés* de Miguel Ángel, quizá como un modelo de la recepción de la obra: Freud se deja invadir por lo que viene de la estatua, por lo que esta induce en él, por ese asombro que suspende brevemente el entendimiento comprensivo, por «lo que se apodera de él», dice. Los sentimientos intensos que experimenta ante ella reproducen, de cierta manera, la constelación afectiva que acompañaba el trabajo intelectual y sensible del artista. Recordamos esa imagen del aficionado al arte Sigmund, que sale con cautela de la penumbra de la nave como si formara parte de la muchedumbre sobre la que Moisés clava la mirada. El analista, tanto en el psicoanálisis aplicado como en las curas o en el trabajo de elaboración teórica de la metapsicología, debería atravesar primero ese «desamparo de la inteligencia», dice J.-B. Pontalis, que experimenta un Freud espectador atento y poseído por el efecto que viene del objeto considerado.

La primera interpretación que aparece en la *Nouvelle revue* es la de Jean Starobinski: retoma en su trabajo una interpretación de Jean-Jacques Rousseau durante un episodio de las *Confesiones*, la cena de Turín. Jean-Jacques es uno de los criados de la bella señorita de Breil y quiere atraer su atención por todos los medios. Durante una gran cena, uno de los comensales cree encontrar un error de ortografía en la divisa de la casa de Solar: *Tel fiert qui ne tue pas*.[1] Según ese invitado, «fiert» no debe llevar una «t» final. El viejo conde de Gouvon, al descubrir por el lenguaje de los ojos el desacuerdo de Jean-Jacques, que sonreía sin decir nada, le ordenó tomar la palabra. Jean-Jacques explica entonces que esa palabra no viene de «fier» o *ferus*, sino del verbo *ferit*: «golpea», «hiere». La «t» de «fiert» está, por lo tanto, justificada. Ese acto interpretativo sitúa al lacayo, hasta entonces «exterior» al círculo de esos señores, en su centro mismo y, sobre todo, atrae sobre él la mirada de la señorita de Breil. Esa interpretación, un acto de lenguaje, es el objeto del brillante análisis de Jean Starobinski que no me atrevo a comentar en el breve tiempo de esta exposición.

[1] «Hiere quien no mata». Se conserva el francés antiguo de la divisa porque el pasaje siguiente depende de la grafía *fiert* y de su distinción respecto de *fier* («orgulloso»). (N. del T.)

Recuerdo todavía el poderoso efecto que el artículo de Claude Lefort, «L'interprétation de l'œuvre de pensée», produjo en mí. Siempre retuve esta observación, que me parece ir en el mismo sentido de lo que acabo de evocar: «la cuestión de la obra —subraya Lefort— se plantea una vez reconocido que su identidad implica la interrogación de su identidad; una vez afrontada esa paradoja de que ella no es nada fuera del movimiento que lleva hacia ella y de que ese movimiento, el de la interpretación, encuentra en ella su origen». Me gustaría que ese círculo de reconocimiento se reprodujera una vez más hoy, cuando estamos reunidos en torno a la *Nouvelle revue*: que interrogáramos la identidad de esa obra colectiva dirigida por J.-B. Pontalis, que reconociéramos que es el movimiento que ella engendró el que todavía nos lleva hacia ella, y que ese movimiento, el de la interpretación que la anima, es la fuente viva que seguimos interrogando, porque es él quien no cesa de cuestionarnos, de interrogarnos.

¿Coincidencia, incidencia de lo imprevisto? En cualquier caso, sin duda una feliz elección editorial: unas «Cartas de Freud adolescente» cierran ese primer número. Como si el espíritu vivaz y curioso del adolescente que se convertiría en el creador de la «nueva ciencia» viniera así a animar con un soplo juvenil la aparición de la *Nouvelle revue*. En una de esas cartas encontramos el relato de su viaje en tren de regreso de Freiberg a Viena, la descripción extraordinariamente pintoresca de algunos pasajeros, sobre todo la inolvidable figura de la madre ansiosa y el bello rostro de su hija de doce años, sus cambios de humor y sus asociaciones, dos o tres páginas que el joven Sigismund concluye con esta expresión: «Así termina mi pequeña novela».

En los pocos minutos de que aún dispongo, quisiera evocar la relación personal que tuve la fortuna de establecer con la *Nouvelle revue*, primero como lector, que esperaba la aparición de cada número como un acontecimiento que iba a conmover mi vida psíquica, y como colaborador. Esa evocación es, al mismo tiempo, un agradecimiento muy sincero y profundo a su director y al equipo que animó. Tuve la gran felicidad, precedida cada vez por una gran inquietud, de escribir en varias ocasiones para la revista de J.-B., doce artículos y cinco *Varia*. Mi interlocutor para los artículos y los *Varia* fue Michel Gribinski, que siempre me recibió con paciencia y amistad, pese a los hispanismos y a ciertas derivas del joven analista que yo era; mi primera contribución data del otoño de 1985, «Borges et la mélancolie littéraire». Recibir el «argumento» del número siguiente ya era un hecho que despertaba la actividad del pensamiento y de la imaginación. No se trataba de una hoja de ruta que hubiera que seguir, sino de una incitación a reflexionar. El argumento no se limitaba a volver sobre un tema bien conocido de la literatura psicoanalítica, sino que invitaba a dejarse interrogar por una pregunta abierta, como, por ejemplo, *L'Humeur et son changement*, que me permitió encontrar mi objeto de investigación del lado del laberinto, de la melancolía y de la escritura de Jorge Luis Borges. Mi biblioteca, que estaba bastante bien provista, creció considerablemente gracias al trabajo

de documentación que me imponía con alegría en ocasión de cada colaboración. Estas marcaron mi formación de analista, me permitieron experimentar la «ilusión creadora» tan querida por J.-B., dándome la impresión de poder compartir con un grupo de autores, que la mayor parte de las veces no se conocían personalmente, una tarea colectiva que los superaba individualmente y en la que gustaba participar y creer.

Esa aventura intelectual duró veinticinco años. Marcó no solo el movimiento psicoanalítico francés e internacional, sino que fue un agente vivo e influyente de la cultura francesa de aquella época. Su irradiación no se ha debilitado con el tiempo transcurrido. Lo que más nos atrajo desde el nacimiento de la NRP hasta su «inacabamiento» fue el hecho de que no se comprometía con la apología de una teoría psicoanalítica cerrada y clausurada, sino con la puesta en práctica de un pensamiento abierto y libre. Creo que la importancia y la profunda repercusión de la NRP sobre el psicoanálisis, así como las de la propia obra de J.-B., provienen de un pensamiento analítico, de su libertad y de su movimiento, no de una doctrina.

Cuando tuve que abandonar mi país en la urgencia del exilio político, metí apresuradamente en mi equipaje de mano las *Poesías* de Antonio Machado, algunas novelas y esos dos números de la NRP. ¿Me había convertido ya en un amigo desconocido de J.-B.? Muchas gracias a J.-B. Pontalis y a la *Nouvelle revue*.

J.-B. Pontalis: Muchas gracias, querido Edmundo, por su testimonio, que, como podrá imaginar, me conmueve infinitamente. Saber que en Montevideo, ya en 1971, usted había dado con el primer número de la revista, *Incidences de la psychanalyse*… Algunos creyeron que ese sería el título definitivo de la revista: Serge Viderman, por ejemplo, con quien me encontré en un coloquio y que agregaba que, después de ese número, no veía muy bien qué más se podía decir. Sin embargo, le siguieron otros cuarenta y nueve. *Incidencias*: en el sentido del encuentro de un rayo luminoso con una superficie y, más generalmente, en el sentido del efecto producido por algo. En cuanto al título elegido, *Nouvelle revue*, como era una revista publicada por las Éditions Gallimard, debía estar presente la idea de la *Nouvelle revue française*; y, más conscientemente, estaba la idea de que era una revista nueva con respecto a la *Revue française de psychanalyse*: no una manera de desacreditar a esta última, sino de mostrar que se oirían otros tonos de voz, de hacer una revista nueva y no una repetición.

Hay que decir, a propósito de las circunstancias de esa iniciativa tomada en 1969–1970, que, como usted recordó, tiene dos orígenes. Antes existía un *Bulletin de l'APF*, que se reproducía a mimeógrafo y cuyo comité estaba compuesto, si recuerdo bien, por Didier Anzieu, Victor Smirnoff y yo mismo. Ese boletín interno es un poco la fuente de *Documents et Débats*, que apareció después. Tras tres números, surgió la idea de que tal vez había que salir de ese círculo cerrado y ofrecer, por lo tanto, una versión impresa que estuviera disponible en algunas librerías. Yo ya había tenido la experiencia, al trabajar durante mucho tiempo

en *Les Temps modernes*, de lo que era una revista, y me parecía una pena que ese boletín interno fuera solamente interno. Eso comenzó, pues, con el número 4. Luego, a partir del número 5, mientras que la mayor parte de los números anteriores se habían compuesto retomando nuestros *Entretiens de psychanalyse*, que ya existían, se dedicó una parte del número a autores anglosajones. Gracias a Masud Khan, que se había convertido en amigo, y por mediación de Victor Smirnoff, acogimos a Marion Milner, Winnicott, Charles Rycroft, Paula Heimann y al propio Masud, por supuesto. Ya era una apertura hacia el extranjero. Ese es el origen lejano de la *Nouvelle revue*. Y el origen más directo, al que usted aludió, es un ciclo de conferencias que, como secretario científico de la APF, bajo la presidencia de André Berge, si no me equivoco, había organizado en la sala de la que disponíamos entonces, la Domus Medica: una sala muy grande, casi un teatro, incluso había un balcón. Era 1969, y con ocasión de ese ciclo surgió la idea de dar la palabra a autores que no eran psicoanalistas y de dársela a un analista solo después: de ahí Jean Starobinski, a quien usted citó, Dominique Fernandez, Claude Lefort, un viejo compañero mío, Jean Pouillon, también un viejo compañero, un etnólogo que estaba en la línea de Lévi-Strauss. El analista no estaba allí para discutir, sino para responder a lo que había oído: no eran realmente debates. Para sorpresa de todos nosotros, esa serie de conferencias tuvo un gran éxito. Era 1969, un año después de los acontecimientos de Mayo del 68. Hubo uno o dos provocadores en la sala, entre ellos François Georges, pero, en conjunto, fue extraordinariamente bien recibida. Entonces se me ocurrió desarrollar lo que se había jugado allí y hacer una revista. Debo decir que Claude Gallimard, por entonces al frente de Éditions Gallimard, me dio luz verde para un proyecto bastante vago. No creo mucho en los proyectos demasiado argumentados, que a menudo decepcionan rápidamente. Dos o tres años antes se había creado la colección «Connaissance de l'inconscient», y pudimos poner en marcha también esa NRP, con bastante modestia. El primer número, *Incidences de la psychanalyse*, tuvo inicialmente una tirada de mil doscientos ejemplares y, en total, hubo que imprimir cuatro mil quinientos. El éxito de la revista comenzó, por lo tanto, de inmediato. Conseguí las cifras para ver qué números habían tenido más éxito. Oscilan entre catorce mil y cuatro mil ejemplares. ¡Más de catorce mil ejemplares de *Lieux du corps*, nada menos! La media ronda los seis mil ejemplares a lo largo de los veinticinco años. Y el conjunto de la serie suma trescientos mil ejemplares. No digo esto para desalentar a las revistas que se crearon después y que no alcanzan esas tiradas. Pero hay que decir que el mérito, si puedo decirlo así, no le corresponde al equipo de la *Nouvelle revue*: la época era muy favorable. En términos generales, era la gran época de expansión de lo que se llama, más o menos acertadamente, ciencias humanas o ciencias del hombre. Ahora el conjunto de las obras que tratan de las ciencias del hombre está en franca disminución. Nos beneficiamos de ese contexto favorable.

Le agradezco una vez más, Edmundo, a usted, que fue uno de los primeros lectores en un país del otro lado del Atlántico y que muy pronto se convirtió en

uno de nuestros colaboradores regulares. Recordaba el número de textos que dio a la revista y que todos acogimos con alegría. Con el tiempo se convirtió en un gran amigo, hasta el punto de que acabamos de publicar juntos un libro titulado *Freud avec les écrivains*. Porque ambos hemos estado convencidos de que entre el psicoanálisis y la literatura, aunque sus caminos sean divergentes, hay una suerte de alianza que es importante revelar, sacar a la luz. Gracias también por haber retomado una palabra que me es querida, la de claro, al hablar del claro de las palabras.

FUENTE Y ALCANCE

Edmundo Gómez Mango, «La première fois», con una respuesta de J.-B. Pontalis, *Annuel de l'APF*, 2014/1, pp. 93–102. Presses Universitaires de France. ISSN 1964-5007; ISBN 9782130625216. Publicado en línea el 8 de julio de 2014. DOI: 10.3917/apf.141.0093.

Ejemplar aportado en Drive: `gomez-mango-2014-la-premiere-fois.pdf`, once hojas PDF. Hoja 1: ficha de distribución; hojas 2–11: artículo, pp. 93–102. El número 93 no está impreso en la apertura; su posición se confirma por la ficha y la secuencia del ejemplar. La respuesta de J.-B. Pontalis comienza en p. 100, hoja 9, y concluye en p. 102, hoja 11. La paginación de este cuaderno es independiente.

Traducción íntegra del artículo y de la respuesta final, conservando su atribución, citas y referencias internas. El original no contiene notas al pie, bibliografía final ni imágenes pertinentes. Se añade una sola nota del traductor para hacer legible el juego lingüístico de la divisa francesa. No se reproducen la ficha comercial ni las marcas de producción y descarga de los márgenes.

Traducción propia de lectura realizada con asistencia de inteligencia artificial y cotejada con el ejemplar francés. Se conservan los títulos franceses de las publicaciones citadas para facilitar su identificación. Se regulariza en español la errata gramatical «du seconde semestre» de la apertura. Las cifras de circulación y las observaciones sobre la actualidad editorial pertenecen al testimonio histórico reproducido.

RESPONSABILIDAD EDITORIAL, DERECHOS Y USO

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo. Se reconocen la autoría y los derechos de Edmundo Gómez Mango, J.-B. Pontalis, sus derechohabientes, la revista, Presses Universitaires de France y los demás titulares. Esta versión de lectura no constituye una traducción oficial ni acredita una autorización editorial particular.

Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA

Gómez Mango, Edmundo. «La primera vez», con una respuesta de J.-B. Pontalis. *Restos · Cuadernos de lectura*, serie *Escrituras del psicoanálisis*, 2026. Traducción propia de lectura de «La première fois», *Annuel de l'APF*, 2014/1, pp. 93–102. DOI: 10.3917/apf.141.0093. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.